

VARIACIÓN HISTÓRICA DE LA LENGUA*

Otra línea de investigación de Martín Zorraquino, anunciada ya en la monografía sobre *Las construcciones pronominales en español. Paradigma y desviaciones* [3], da lugar a un notable repertorio de títulos en torno a la variación histórica del español: las referencias, en esa aportación, a trabajos como los de Keniston, Lapesa o Menéndez Pidal apuntan ya decididamente hacia la visión diacrónica de nuestra lengua, aspecto desarrollado por la profesora zaragozana en una docena de títulos que, de manera breve, serán comentados a continuación.

El *Cantar de mío Çid* es objeto de contribuciones como «A + objeto directo en el *Cantar de mío Çid*» [13], «Ir e irse en el *Cantar de mío Çid*» [36] o «Venir y venirse en el *Cantar de mío Çid*» [55]; en ellas, la autora reflexiona de manera penetrante sobre el origen y las matizaciones semánticas que entraña el objeto directo preposicional y advierte en la alternancia entre *ir e irse* y *venir y venirse* una tendencia clara, en el primer caso, hacia la configuración de una oposición sistemática de carácter aspectual —además de considerar este rasgo como propio del estilo épico, y acaso como leve nota dialectal afín a las variedades lingüísticas del norte castellano— y, en el segundo, valores estilísticos y expresivos. Estos motivos también aparecen en otro artículo de 1986 («Problemas lingüísticos en el *Cantar de mío Çid*» [27]), en el que además revisa ponderadamente aspectos discutidos como la cronología, la adscripción dialectal y el estado de lengua que refleja el poema cidiano. Y sin abandonar la etapa de los inicios del castellano, Martín Zorraquino todavía ofrece otras incursiones que amplían desde el punto de vista documental el conocimiento de este romance: así ocurre en «Contribución al estudio de las construcciones pronominales en español antiguo» [14], tema al que volvería posteriormente con un trabajo publicado en el *Homenaje* que la Universidad de Navarra rindió en 2002 al profesor Fernando González Ollé («Las construcciones pronominales en el primitivo romance hispánico» [77]); la autora, a lo largo de 40 páginas, revisa las apreciaciones precedentes y traza una completa diacronía de dichas construcciones desde los modelos latinos hasta las *Glosas Emilianenses* y *Silenses*, teniendo además en cuenta la documentación notarial centro-peninsular de los siglos X y XI. De este enjundioso artículo infiere, a través de numerosos ejemplos, que las construcciones pronominales del castellano inicial ponen de manifiesto ya una gran riqueza de valores, hoy plenamente vigentes (reflexivo directo e

* José M.^a Enguita Utrilla. Universidad de Zaragoza.

indirecto: «María *se ha lavado* muy temprano», «María *se lava* la cara»; recíproco directo e indirecto: «Los dos heridos *se lavaron* mutuamente», «Los dos accidentados *se están lavando* las heridas»; medio de interés: «Durante la guerra civil, esta monjita *se lavaba* más de cien kilos de ropa a la semana»; ingresivo: «Después de la lluvia, *se me ha lavado* el coche»; mediopasivo: «La lana *se lava* difícilmente»; e incluso pasivo: «En esta escuela *se lava* a los niños que se manchan», «Con el corte de agua hoy no *se lava* en esta casa»). Este último valor proporciona registros esporádicos en los textos seleccionados, los cuales no se harían generales hasta varios siglos después y de manera gradual.

Ha de destacarse además que Martín Zorraquino, desde su fecunda experiencia en el análisis de los marcadores discursivos del español actual, ha percibido de manera muy clara la necesidad de acudir a la historia de nuestra lengua para interpretar el desarrollo de dichos elementos extraoracionales a partir de los consiguientes procesos de gramaticalización; llama la atención sobre las posibilidades que, para este propósito, ofrece la red a través de diferentes *corpus* (CORDE, ADMITE, etc.) y, por otra parte, valora en el mismo sentido la utilidad de la información lexicográfica. Ha dado buena prueba de esta propuesta en las *Actas del V Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española* («Reflexiones sobre el estudio de los marcadores discursivos desde la perspectiva diacrónica» [75]). Y no solo eso: ha aplicado dichas consideraciones, con resultados muy satisfactorios, en tres artículos centrados en la gramaticalización de las secuencias *desde luego* y *¡tíjjetas!* En dos de ellos («Sobre la gramaticalización de *desde luego*» [70] y «De nuevo sobre la gramaticalización de *desde luego*» [120]), parte del valor significativo actual de dicho marcador: «Con *desde luego*, el hablante confirma un segmento del discurso como algo que se ajusta: a) a lo que él percibe; o b) a las expectativas que alberga sobre ello», observación que le permite clasificar *desde luego* entre las partículas discursivas de modalidad epistémica que indican evidencia. El *Diccionario académico* recoge una segunda acepción, que marca como poco usada («inmediatamente, sin tardanza») con valor de complemento circunstancial, del que la autora ofrece registros extraídos de Terreros e, incluso, de los *Diarios* de Azaña. El tránsito desde este último valor al de marcador discursivo parece más bien reciente en la historia de la lengua española, pues en Mesonero Romanos la profesora zaragozana descubre ejemplos de alternancia correspondientes a los dos sentidos señalados (locución temporal: «No tardó en presentarse otra señora, que, a juzgar por su aire, sus modales y vestido, calificué *desde luego* de una gran persona»; marcador del discurso: «Parece que en la moderna España no fue tan general la costumbre del baño, y, *desde luego*, puede asegurarse que perdió el carácter de magnificencia que tuvo en lo antiguo»); comenta además que el proceso de gramaticalización de *desde luego* se ajusta a las propiedades prototípicas de un cambio de esa naturaleza: el significado del elemento implicado («inmediatamente») se hace menos específico y más general («después») y, por otra parte, se centra más en la actitud del hablante en relación con la situación comunicativa que en el contenido, propiamente dicho, de lo comunicado («ciertamente, indudablemente, sin duda»). Complementariamente, en [120] advierte que *desde luego*, como marcador discursivo, refleja un conjunto de posibilidades significativas que no pueden reducirse a un solo y único proceso de gramaticalización sino que, por lo menos, pueden diferenciarse dos

ámbitos para el desarrollo de dicho proceso: uno de ellos, vinculado a la percepción o experimentación («Desde luego, en este coche cabemos todos»); el otro, relacionado con las emisión del discurso («Desde luego, tú te quedas sin postre»). En el tercero de los artículos aludidos anteriormente («*Tijeretas han de ser* > *tijeretas!* Revisión de un proceso de gramaticalización» [119]), Martín Zorraquino rastrea, a partir del NTLLE, los testimonios que llevan desde la oración atributiva *tijeretas han de ser* a la interjección *tijeretas!*, siendo los más relevantes los aportados por Covarrubias (1611), a través de un cuentecillo popular, y por Jacinto Polo de Medina (1603-1678), escritor en el que ya puede percibirse el valor interjetivo de la secuencia abreviada *tijeretas!* Este proceso, como destaca la autora, refleja un resultado de gramaticalización de alcance pragmático, de modo que la oración atributiva originaria pasa a convertirse en una réplica, «enfaticada y pertinaz» frente al interlocutor, llegando incluso a adquirir el sentido de refutación o de negación.

Para completar las aportaciones de la autora a la historia de la lengua española deben ser mencionados todavía otros tres títulos de contenido historiográfico, no exentos de apreciaciones subjetivas, sin que por ello quede mermada la objetividad científica. El primero está dedicado a la *Gramática histórica elemental de la lengua española* (1946) de Rafael Gastón Burillo («El legado de aquellos maestros. La enseñanza de la gramática histórica desde el bachillerato» [68]). De este manual, cuyo contenido queda descrito minuciosamente por Martín Zorraquino, cabe señalar que surgió a partir del Plan de renovación de los estudios universitarios de 1944, que reordenó las enseñanzas de las Facultades de Letras, introduciendo en el primer año de los cursos comunes un cuatrimestre de «Lengua y Literatura Españolas» en el que se impartía también gramática histórica, motivo que llevó a Rafael Gastón, abogado y profesor de Griego de la Facultad de Letras de Zaragoza, a publicar una obra que fuera útil tanto a los estudiantes aragoneses del bachillerato como a los de los primeros cursos de la Universidad. Conviene, asimismo, señalar que esta *Gramática* no surgía de la nada: su origen próximo se sitúa en unas *Nociones de gramática histórica española* —publicadas por Gastón Burillo y José Manuel Blecua en 1937—, a través de las cuales aprendió a dar los primeros pasos en la materia «un brillante grupo de muchachos que alcanzó el título de bachiller en Zaragoza en 1941: Manuel Alvar, Tomás Buesa, Fernando Lázaro, Félix Monge..., nuestros maestros». Los otros dos artículos están dedicados, desde la admiración profunda y desde el afecto sin límites, a Rafael Lapesa: en «Don Rafael Lapesa, maestro de la bondad esencial» [100], revive los gratos recuerdos de los muchos veranos que compartió en los Cursos de Verano de la Universidad de Zaragoza en Jaca con «el hombre que construyó su vida en la roca del amor, de la sabiduría generosa, de la dignidad, del compromiso moral constante, diario, “del manos a la obra, sin gesto, sin alarde”». El segundo de los trabajos aludidos versa acerca de la *Historia de la lengua española* de don Rafael y constituye una aportación imprescindible para valorar en su justa medida esta monografía («Sobre el origen, sentido y trascendencia de la *Historia de la lengua española* (1942-1981) de Rafael Lapesa» [110]). Martín Zorraquino ha sabido reunir con gran tesón los cientos de comentarios a que ha dado lugar este texto guía, desde hace décadas, en los estudios universitarios, los ha enriquecido con materiales de su propia cosecha extraídos de la correspondencia que del

maestro guarda la Biblioteca Valenciana, y con todo ello ha enjuiciado con mirada perspicaz —el lector podrá apreciarlo en la reproducción que, de estas páginas, se hace a continuación— la importancia capital de esta aportación para el desarrollo de la Filología Hispánica. El recorrido desde que la «obrita» de don Rafael, publicada por primera vez en 1942, fue avanzando hasta su novena edición, de 1981, es impecable, como también lo es la referencia al contexto histórico, social y cultural en que dichos avances iban produciéndose. Merece la pena reproducir el colofón con el que la autora pone término a sus meditadas reflexiones: «La *Historia de la lengua española* de Lapesa fue, desde su aparición, un instrumento esencial para que los españoles se encontraran a sí mismos, en su lengua, y se descubrieran unidos, por ella, como técnica históricamente consolidada a través del tiempo y del espacio. En armonía. Desde una perspectiva rigurosa, fiel a los datos, sin miedo a la búsqueda confiada de la verdad».